
Esteban Bara, F. (2021).

Chistes de Eugenio para repensar la universidad.

Sevilla, Caligrama, 239 pp.

La universidad, y en especial la española, no es cosa de chiste. No obstante, en no pocas ocasiones presenta comportamientos que no encajan demasiado con sus aspiraciones, bases y funciones, y llega a mostrarse de forma absurda y desdibujada, casi *chistosa*, podríamos decir, de no ser por las serias implicaciones que tales derivas conllevan.

Bajo este planteamiento encontramos la obra del profesor Francisco Esteban Bara, quien ya ha demostrado y compartido su preocupación sobre el ámbito universitario en otras ocasiones –*La universidad light* (Paidós, Barcelona, 2019),

verbigracia– con una prosa quizá más afín a lo que acostumbra el ámbito universitario, pero sin duda con la misma rigurosidad que encontramos en esta desenfadada pero no por ello desencaminada obra. Aunque el título no engañe, pues chistes encontraremos, podría llevarnos a engaño si creemos que estamos ante un ejemplar sin fundamento. Nada más lejos de la realidad.

Precisamente es la acuciante realidad de nuestras universidades la que permite que, en cada uno de los más de veinte capítulos, y siempre tras el pertinente e hilarante chiste del genio de Eugenio, podamos centrar nuestra reflexión en temas como el papel de estudiantes y profesores, la importancia de la investigación, la calidad de la docencia, la necesidad de esfuerzo, dedicación y constancia, el impacto –positivo y negativo– que nuestros actos tienen en la sociedad, los límites de las competencias, la necesidad de conocimiento más allá de la mera información y un sinfín de plausibles ramificaciones que nos animan a replantearnos, como ya se ha hecho otras tantas veces y sin duda tendrá que seguir haciéndose, ¿para qué está ahí, y en qué consiste, esa cosa a la que llamamos universidad?

Una cosa, una casa en el fondo, un hogar en definitiva, habitado –según el autor– por una comunidad de buscadores de conocimientos, verdades, bellezas y bondades –nótense las reminiscencias *pestalozzianas*– que necesariamente deben ser conscientes de la responsabilidad y el privilegio que lleva consigo el adjetivo “universitario”.

Una reflexión absolutamente pertinente que ayuda a desmitificar el que denomina *discurso mayoritario* postbolonia, ávido de titulares constructivistas en los que el estudiante siempre queda en el centro del proceso y poco se habla –y se hace– a partir de ahí. No es casual, por tanto, que sea difícil no coincidir cuando en sus páginas se lee: “... el aire que se respira en la universidad de hoy no propicia que se impartan las mejores clases posibles. Quizá esto a usted le sorprenda si es que no conoce el mundo universitario por dentro. Lo que nos asombra a nosotros es que, aun así, haya casos de éxito” (p. 172).

Seamos sinceros, en la universidad no todo vale, y cuando el hecho de que existan educadores que no educan y estudiantes que no estudian es algo más que la excepción que confirma la regla, hemos de interrogarnos por sí, en lo más íntimo de nuestra planificación, encontramos indicios de que nuestras acciones corroboran la siguiente afirmación: “La formación universitaria actual está plagada de entretenimientos y pasatiempos que consiguen que buena parte de nuestros estudiantes se fijen en cualquier cosa menos en el saber por el saber” (p. 45). Podemos tomarlo con humor –como acertadamente enfoca la obra que nos ocupa– o a través de otros acercamientos, pero sin duda es un nudo gordiano cuya existencia debemos reconocer y meditar.

Con todo, estamos ante una obra amena y con sustancia, trufada de citas y referencias a obras clásicas y recientes estudios que nos recuerdan continuamente la importancia de los temas seleccionados, y que será de interés para todos aquellos que nos preocupamos por la calidad de la educación, y especialmente de la universitaria. A la postre, el *chiste* recae sobre nosotros, los profesionales que hacemos (la) universidad. Déjenme expresarlo, dejando la reflexión final en el aire, con un chiste de Eugenio que completará los seleccionados por el compañero Esteban. Dice así:

- Saben aquel que *diu* que es una obra en construcción y estaban dos trabajadores a la hora de comer. Sacan sus fiambreras y uno abre el bocadillo y dice: “tortilla de patatas”, y lo tira. Al día siguiente, suena la sirena, abre el bocadillo y dice: ¡Ostras tú, otra vez, tortilla de patatas!”, y lo vuelve a tirar. Tercer día lo mismo. Al cuarto día coge el bocadillo y, sin abrirlo, lo tira. Su compañero le dice: “¿Cómo lo tiras, si no sabes lo que hay dentro?”, a lo que el primero responde: “No lo voy a saber, ¡si me los preparo yo!”.

José L. González-Geraldo
Universidad de Castilla-La Mancha
